



Este capítulo forma parte del libro:

***Trayectorias universitarias (1973–2023)
Experiencias docentes y administrativas
en la Universidad Autónoma de
Aguascalientes***

**Marcela López Arellano
(Coordinadora)**



editorial.uaa.mx



libros.uaa.mx



revistas.uaa.mx



libreriavirtual.uaa.mx

Número de edición: Primera edición electrónica

Editorial(es):

- Universidad Autónoma de Aguascalientes

País: México

Año: 2025

Páginas: 244 pp.

Formato: PDF

ISBN: 978-607-2638-49-5

DOI:

<https://doi.org/10.33064/UAA/978-607-2638-49-5>

Licencia CC:



Disponible en:

<https://libros.uaa.mx/uaa/catalog/book/355>

Las mujeres y la UAA



50 AÑOS DE LA UAA. LAS MUJERES Y LA UNIVERSIDAD

Ma. Enriqueta Vega Ponce

Hablar de mi experiencia como una mujer que laboró en la universidad por treinta y cuatro años es, para mí, recordar una periodo muy grande e importante de mi vida, un periodo en el cual, tanto la universidad como yo, crecimos simultáneamente en diferentes y variadas esferas. Es mi experiencia, pero creo sinceramente que puede y ha sido la de muchas de las mujeres que hemos estado y estaremos ahí, colaborando como trabajadoras de un proyecto más grande que nosotras mismas y dándole sentido a nuestras vidas.

Comenzaré diciendo que todo empezó con una invitación, aparentemente sencilla. Una invitación a una mujer joven que tenía aproximadamente un poco más de un año de haber egresado como licenciada en Psicología por el ITESO (Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente). La invitación era de “dar clases”. Esa invitación se quedó corta. No me imaginé que al decir que “sí” lo estaba haciendo a una cantidad de experiencias inimaginables en ese momento. Comenzaba para mí un crecimiento como

profesional en muchos aspectos nuevos, en los cuales tendría oportunidad de irme preparando y realizando.

El abanico se fue ampliando durante todo el tiempo que estuve ahí. No sólo di clases, hice de todo, y con mucho orgullo puedo decir que, tanto la universidad como yo, crecimos juntas. La universidad también se fue ampliando, había tantas cosas que hacer, la universidad apenas tenía tres años de fundada. Yo no estude aquí, pues no existía como tal. Se amplió en tantas áreas y ramas para ser lo que hoy es, y en muchas de esas áreas, a mí me tocó estar en sus inicios. Así como fue creciendo la universidad, fui creciendo yo. Hacían falta muchas innovaciones y correcciones en áreas. Había que mejorar programas, reestructurar el plan de estudios a módulos del Bachillerato de la UAA para que fuera internacional, crear cursos para formación docente desde la psicología, hacer planes de estudio para carreras nuevas y revisar los existentes, etcétera. Y allí estaba “Queta,” haciendo, aprendiendo, trabajando en grupo, leyendo, tomando cursos y aportando en áreas en las que nunca me imaginé estar.

No me dejaron sola, yo no tenía todos esos conocimientos, me acercaban todo lo que se necesitaba para realizar los mismos, me conectaban o me presentaban con las personas que sabían del tema; no sólo en esta ciudad, sino en donde estuvieran. Hice varios viajes y me capacité en lo que la UAA necesitaba. Estaba dispuesta a sacar los proyectos adelante, en los que me incluían o de los que me hacían responsable. En esos momentos, mi frase preferida era:

*No lo he hecho hasta ahora, pero por lo menos tengo una neuro-
na y estoy dispuesta a ponerla a trabajar.*

Entré en diferentes fases o caras de la docencia, no sólo era dar clases, era crear o revisar nuevos programas, fundar carreras, diplomados, maestrías, especialidades y doctorados, dar clases en diferentes niveles, ser jurado de concursos de oposición, participar con otras universidades y áreas del conocimiento en evaluación. Durante esos años, yo no pude estudiar en la UAA las especialidades o los grados académicos que obtuve en mi tiempo de trabajo en

esta universidad. Dado que la universidad era tan joven, no ofrecía esas oportunidades a los egresados de las licenciaturas. Pero ésta era una demanda que se iba necesitando, se requerían especialidades y posgrados en diferentes áreas, así que los maestros las tomamos primero antes de crearlas en nuestro trabajo, así se requería.

Por esa razón, estudié mis especialidades y posgrados fuera de la ciudad en otras universidades, por supuesto con el apoyo y respaldo de la UAA. Por ejemplo, se me apoyó para ser candidata a una beca del CONACYT a nivel nacional, la cual gané y se me otorgó un permiso libre de sueldo para irme a estudiar al ITESO en Guadalajara, Jalisco. Lo mismo hice cuando decidí estudiar el doctorado, me dieron los permisos de fin de semana que necesité durante dos años y medio, y un apoyo económico parcial para el pago de la colegiatura. Cuando ya teníamos nuestros títulos los maestros y tomábamos experiencia, entonces poníamos manos a la obra, a implementar los planes de estudio en nuestras áreas para armar los posgrados que se iban necesitando. Este trabajo nos llevaba varios meses y era de equipo, que culminaba en la oferta del posgrado para los que estaban esperando. Se tenía ya también parte de la planta académica, con nosotros, los maestros graduados, y los que faltaban, contratados por medio de exámenes de oposición o eran maestros invitados. La invitación de: “te invitamos a dar clase” se convirtió en algo mucho más grande, en: “te invitamos a graduarte en varios posgrados, te invitamos a que vayas creciendo como profesional, a que aprendas muchas cosas en nuevas áreas que ni siquiera te has imaginado, a que desarrolles nuevas habilidades, a que trabajes en equipo para hacer crecer una benemérita universidad”.

Empecé a trabajar también en el área de investigación, me fui formando como investigadora, empecé a plantear proyectos en el área de psicología, en la que, por sus temas a profundizar, se necesitaban metodologías cualitativas, pues nuestros objetivos de investigación no eran ni se comportaban de tal forma que la metodología cuantitativa nos revelara lo que se buscaba. Nuestros objetivos no eran tan fáciles de medir o contar. Yo ya había hecho algo de investigación en el ITESO en Guadalajara, en grupo, con mis

compañeros de estudio, y también me había titulado con una tesis de este tipo; sólo que, cuando ya entras en este mundo, te das cuenta de que “las clases a las que no fuiste, porque te echaste la pinta” en la licenciatura, te hacen falta ahora. No queda más remedio que actualizarse en ese sentido y buscar todos esos conocimientos que hacen falta.

En la investigación

Así lo hice también en el campo de la investigación, donde hay muchas cosas por hacer, como presentar tus resultados en forma parcial y total en diferentes foros, congresos y grupo de investigadores de la misma área del conocimiento; hacer publicaciones de los resultados y capítulos de algún libro, en grupo o de libros completos; presentar reportes de nuestros avances a la universidad y a las otras instituciones que participen. También, muchos investigadores buscamos que esos resultados obtenidos no se queden sólo en un artículo o en un libro, sino que se usen y aprovechen para hacer cambios en esa área. Igualmente, buscamos que esos resultados se lleven a las instituciones, a las leyes, a la vida cotidiana. Todo esto lo fui aprendiendo sobre la marcha y avanzando en colaboración con otros departamentos y/o universidades. Hice siete investigaciones y al final se me dio la oportunidad de ser líder en un gran proyecto tripartito entre la Universidad Autónoma de Aguascalientes, el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) y el Instituto Aguascalentense de la Mujer (IAM).

Este proyecto tenía como integrantes a cinco maestros de diferentes departamentos del Centro de Ciencias Sociales y Humanidades y seis alumnos en carácter de asistentes y aprendices en investigación. Éramos en total un equipo de once personas. El tema del proyecto era “El diagnóstico de la violencia de género en Aguascalientes en el año 2006”. A este respecto, el INEGI hizo una encuesta cuantitativa ese año y pidió ayuda a la UAA para que manejara toda la información “extra” que las mujeres encuestadas daban cuando se les hacían las preguntas, ya que no se detenían o no se conformaban

con dar un número de veces o tipo de violencia que sufrían, sino que contaban sus eventos y hasta sus historias. El INEGI es una institución especializada en metodología cuantitativa y no conocían mucho de aspectos cualitativos que surgían al responder las mujeres las respuestas. A esta institución, esa información le parecía muy rica e importante para conocer el fenómeno a más profundidad y quería, al mismo tiempo, que la ciudad de Aguascalientes fuera piloto en trabajar esa información con una metodología diferente. Por eso pidió ayuda a la UAA, para formar un equipo de investigadores que se hicieran cargo de la “información extra”, y al IAM para que buscara el financiamiento necesario para todo lo que se necesitara, en todo el tiempo que durara el proyecto. Todo esto se realizó en tres años, dando como resultado dos libros publicados, varios artículos y conferencias nacionales e internacionales en congresos; también talleres para los estudiantes en la UAA con temas como prevención en contra de la violencia de género en el noviazgo, apoyo teórico y práctico a organizaciones de este tipo con base en los resultados de la investigación y una participación de dos días a nivel nacional en la Secretaría de Relaciones Exteriores para promover, junto con otros estados, modificaciones a las leyes ya existentes en aspectos que no se conocían hasta ese momento.

Esto fue para mí y para mis compañeros una gran oportunidad que nos dio la UAA, al escogernos para esta tarea, en la cual pudimos aportar información para hacer algún progreso en este campo que experimentan las mujeres. En mi propia experiencia o crecimiento, fue como cerrar con broche de oro mi participación en la UAA. Recuerdo con mucho gusto que mi última conferencia fue en la ciudad de Madrid, en España, en la Universidad Complutense, en el Octavo Congreso del Mundo de Mujeres. Yo nunca había imaginado esos alcances, hasta ese día. Después de que se terminó el análisis de esos resultados en forma cuantitativa y cualitativa, el trabajo no había terminado, ahora teníamos que escribir todo eso y en equipo, para, posteriormente, presentarlo en diferentes foros nacionales e internacionales. No era la primera vez que yo escribía un libro, ya tenía algo de experiencia escribiendo conferencias y ar-

títulos y un libro de texto. Después de unos años de trabajar en la universidad, me extendieron la invitación para participar en un gran proyecto que tenía el licenciado Felipe Martínez Rizo, antes de ser rector de la UAA, cuando era director de Planeación. Este proyecto era muy ambicioso, pues se trataba de fomentar la velocidad en la lectura y enseñar a los estudiantes de preparatoria cómo estudiar; y no sólo eran los estudiantes de preparatoria de la UAA, sino de todas las prepas incorporadas a la misma.

Mi participación consistió en escribir un libro de texto con esos objetivos para una materia nueva que se agregaría al plan de estudios del bachillerato. Además, teníamos que diseñar ejercicios específicos para que los alumnos mejoraran la velocidad de su lectura. Esta materia era teórico-práctica, por ello, nos dimos a la tarea de investigar y adquirir algunos aparatos diseñados especialmente para hacer esos ejercicios en la parte práctica. Esta materia tuvo muy buenos resultados y decidieron impartirla también en el primer año de todas las licenciaturas en la universidad. Para la realización de este libro de texto, se formó un equipo con cinco maestros de Psicología y de Educación, del cual yo era la lideresa, y conté con la cercana supervisión del licenciado Felipe Martínez Rizo. La publicación sería por la universidad, así que comencé a escribir reportes, conferencias y artículos con los resultados de las investigaciones en las que participé. Ésta fue mi labor cotidiana desde el inicio de la tarea.

Para la última investigación que hicimos, la cual mencioné antes, se requería tener, además de todo lo anterior, dos libros como productos finales, uno con información cuantitativa de lo que el INEGI no había tocado, y el otro con información cualitativa, recuperando la información que se había obtenido de 400 historias de vida de las mujeres encuestadas durante la aplicación del HENDIRE del 2006. De estos dos libros, también fui la líderesa responsable de su ejecución, y de escribir varios capítulos, junto con los otros cuatro maestros y seis asistentes. Para realizar esto, recibimos el apoyo del tiempo y el presupuesto por parte del IAM. Como el trabajo que se hizo cuantitativo con esas historias de mujeres no es algo común a esa escala, y como Aguascalientes era el estado piloto para el INE-

GI, se me pidió que escribiera cómo habíamos hecho el manejo de tanta información; es decir, me pidieron un capítulo para un libro de metodología, en el cual estaban involucrados investigadores de diferentes ramas de la ciencia que trabajaban con metodologías cualitativas. En este capítulo, debí detallar la metodología usada por nosotros para que otros investigadores pudieran consultarla. Todas estas tareas fueron haciendo que la invitación inicial se quedara corta.

En Extensión Universitaria

En otro tema, ahora con respecto a la Extensión Universitaria, también se me dio la oportunidad de participar en un proyecto en una comunidad en las orillas de la ciudad de Aguascalientes, Las Cumbres. Este proyecto lo empezaron los maestros Amador Gutiérrez Gallo y Genaro Zalpa, con el objetivo de desarrollar la comunidad como tal y el de las personas que la habitaban. Las Cumbres era una comunidad de muy bajos recursos, con calles de tierra, sin luz y servicios muy precarios. Estos maestros hicieron un grupo focal para escuchar a los vecinos de ese lugar, conocer cuáles necesidades tenían y para dónde querían dirigirse. Al ver esta participación que estaban teniendo los hombres del lugar, las mujeres se acercaron a los maestros y les dijeron que ellas querían que vinieran unas maestras para hablar con ellas de sus cosas. Ésa fue la razón de la invitación que nos hicieron los maestros Genaro y Amador a la maestra Mary Jiménez y a mí para participar en este proyecto de Extensión.

En la primera reunión que tuvimos con ellas en la casa ejidal, asistieron bastantes de las mujeres vecinadas en Las Cumbres y, a pesar de que ellas habían pedido que fuéramos, les costó mucho trabajo empezar a participar. Eran muy, muy largos los silencios y daban sus respuestas en monosílabos. Tuvieron que pasar seis meses para que confiaran y se abrieran al grupo, pero jamás dejaron de asistir, tanto ellas como nosotras, así que el grupo se fue acrecentando. Cuando comenzaron a hablar, fue un partearguas, pues de ahí en adelante todo fue fluyendo. Nos contaron de sus necesidades, de

sus sueños, de sus problemas cotidianos, y nos dieron a conocer con detalle su modo de vida y cómo intentaban resolver sus dificultades. Ellas nos aceptaron como parte de su grupo y empezamos a trabajar en conjunto para la comunidad. Para mí fue entrar a un mundo que tenía unos matices que no conocía, eran mujeres como nosotras, con ideas, cultura y problemas a la vez parecidos y diferentes en sus matices. Fue trabajar para un proyecto en conjunto mucho más grande que nosotras mismas, y las que más crecimos en lo profesional y personal fuimos nosotras. Fue una bendición profundizar y ver la pluralidad de sus personas y sus vivencias. Lo disfrutamos tanto, que poco a poco fuimos involucrando a nuestros hijos que convivieron libre y alegremente con los suyos.

Lo difícil fue ver sus condiciones de vida, de muchas de ellas. En un viaje que hicimos los cuatro maestros encargados de este proyecto al Valle del Mezquital, en el estado de Hidalgo, para conocer cómo trabajaban allá con estas comunidades, nos dimos cuenta de las condiciones tan precarias de vida que tenían las mujeres de aquel lugar con sus familias. Eran mujeres con un pedazo de tierra inhóspita, un pequeño huerto de verduras y que se turnaban en las noches para cuidar unas a los hijos de las otras, mientras las segundas eran las mujeres que cuidaban el criadero de pollitos que se les había instalado para mejorar sus vidas. Dormían en el suelo, al pie de las jaulas, porque los pollitos son muy delicados y no podían morir. Esto representaba para ellas una oportunidad, la de venderlos y ganar algún dinero para que su familia comiera otra cosa que no fuera café sin azúcar y tortillas duras. Después de esta experiencia, bajamos del cerro y nos sentamos en un restaurancito del pueblito para comer, pero ninguno de los cuatro pudo hacerlo.

Volvimos al proyecto en Las Cumbres, que incluía clases con temas que ellas solicitaron, como primeros auxilios y lectura, entre otros. También se instaló una pequeña biblioteca en cajas de madera, llamadas “rejas”, de las que se usan en los mercados para las frutas y verduras, con libros básicos donados por ellas y por otras personas. En la biblioteca, las mujeres hacían turnos para cuidar a los niños pequeños y facilitar que sus mamás asistieran a las reuniones que

hacíamos todos los miércoles por las tardes. Así nació una guardería precaria, pero efectiva. Igualmente, se organizó una cooperativa para vender las manualidades hechas por las mujeres, al tiempo que permitían enseñarse entre ellas sus secretos y habilidades. Con esto fue necesario crear una caja de ahorro para organizar el dinero que recibían de sus ventas y poder administrarse para tener dinero en los momentos en que lo necesitaban, como el Día de la Madre o el 20 de Noviembre, pues había que comprar ropa deportiva para los hijos para el desfile de ese día.



Grupo musical de mujeres en el vestíbulo del Auditorio “Dr. Pedro de Alba” en la UAA.
Fototeca UAA.

Lo que nunca faltó fue la convivencia y la alegría. Cualquier detalle o fecha era razón suficiente para hacer un festín, de acuerdo con lo que cada quien podía compartir, como podía ser un frasquito chico de aceite o unos puños de arroz o frijol. Allí cocinábamos entre todas, se cantaba y bailaba con música de un radio o por el canto de ellas mismas. Mi compañera y amiga Mary y yo aprendimos a disfrutar su modo de gozar la vida, sus canciones, su comida. Allí aprendí a cantar “Tres veces te engañé” con mucho sentimiento y a coro.

Como jefa de departamento y en la ACIUAA

En la Universidad Autónoma de Aguascalientes también tuve inquietudes administrativas y sindicales. Participé en algunos cargos de este tipo, como representante del Centro de Ciencias Sociales y Humanidades y varias veces como jefe suplente. Llegué a ser jefa del Departamento de Psicología por un periodo corto. Mi mayor aportación y vivencia fue pertenecer al Sindicato de Maestros de la Universidad en el cargo de tesorera por cuatro años. Éstos fueron un gran salto para mí, pues de estar dedicada a los alumnos e investigación, ahora tenía la oportunidad de buscar mejoras laborales para los maestros, de servir a mis compañeros de toda, toda la UAA.

Durante este tiempo, junto con todos los integrantes de la mesa directiva, pudimos hacer grandes cambios. Como tesorera de la ACIUAA (Asociación de Catedráticos e Investigadores de la Universidad Autónoma de Aguascalientes), tuve la oportunidad, acompañada de un equipo contable que nos apoyó y asesoró, de sanear las finanzas de la Asociación y del Colegio Termápolis, que pertenecía al sindicato. Negociamos con la UAA cuatro aumentos salariales y dos contratos colectivos. Creamos un Comité de Maestros para que se autorizaran los préstamos que pedían los profesores en la Caja de Ahorro que se tenía. Negociamos con las autoridades gubernamentales y de la universidad obtener más recursos y mejores premios para festejarlos en su día. Rescatamos la parte de la Posta Zootécnica que era responsabilidad de la ACIUAA y la hicimos un área campestre que se podía usar. Se realizó un proyecto de guardería, con todo un estudio profundo de lo que se requería, y un plano arquitectónico del edificio por parte del Departamento de Arquitectura.

Para lograr todo esto, fue necesario prepararme y apoyarme de gente que sabía de los temas, de quienes siempre recibimos mucha colaboración. Una de las principales tareas de un sindicato es la negociación con diferentes instancias, de la misma UAA y de otras instituciones. Para eso fuimos dos personas a tomar un taller en la Ciudad de México, organizado por dos de los sindicatos más fuertes

en ese momento, el de la Compañía de Luz y el de los Telefonistas, que estaban formados en su mayoría por hombres, y muy pocas mujeres participamos. Alguien me preguntó: “¿No te da miedo hablar con los conferencistas?”. Cuando me dirigía a uno de ellos, le dije: “No. Claro que no”. Para ese entonces, yo ya tenía varios años trabajando en la universidad, ya había hecho tantas cosas tan variadas e inimaginables para mí que ir a hablar con un líder sindical de esa experiencia fue un reto más.

Mi realidad con una discapacidad

Quiero compartir mi experiencia como maestra con una discapacidad. Cuando yo llegué a ciudad universitaria, ésta todavía era muy pequeña, tenía tres o cuatro edificios aparte de rectoría; moverse era muy fácil. El crecimiento físico del campus fue muy rápido, hasta llegar a ser lo que es actualmente. Yo nunca tuve problemas ni se me hizo a un lado, siempre se me apoyó, sólo bastaba pedirlo. Al principio, para dirigirme a mi salón de clases, yo salía de mi oficina con bastante tiempo, justo el que necesitaba para llegar puntual. Cuando la universidad creció al tamaño actual, entonces me movía de un extremo a otro en mi coche, y mágicamente empezaron a aparecer en todo el campus los estacionamientos para personas con discapacidad y con rampas.

No fue la única ayuda que se me prestó. Por ejemplo, todos los maestros teníamos que checar nuestra entrada y nuestra salida en uno de los accesos a la universidad, y luego firmar asistencia en el centro académico al que pertenecíamos. A mí se me quitó la obligación de la firma, sólo utilizaba el checador. También el personal administrativo que asignaba las aulas a los grupos, procuraba dejarme las aulas más cercanas a mi oficina, muchas veces sin que yo se los pidiera. Todo esto facilitó de mil maneras mi trabajo y tengo dos anécdotas que quiero compartir. La primera es que, en el tiempo que fui jefa de Departamento de Psicología y el decano era el doctor Bonifacio Barba, cuando él tenía alguna necesidad urgente de hablar

conmigo como jefa de Departamento, me llamaba por teléfono y me lo decía. Yo le contestaba: “Sí, muy bien voy para allá”, al final de cuentas la distancia era un edificio, pero Bonifacio me contestaba: “No, yo soy el que voy contigo,” y así lo hacía.

La segunda anécdota fue que, en una ocasión, cuando estaba a cargo de la investigación de la violencia de género, tenía que ver al rector de la UAA, que en ese momento era el doctor Rafael Urzúa. Pero debo explicar que, cuando se publica la lista de admisión de estudiantes para el siguiente año escolar, usualmente el rector en turno se muda temporalmente a su oficina en el Edificio Central “J. Jesús Gómez Portugal”, en el centro de la ciudad. Entonces, para ver al doctor Urzúa debí dirigirme al centro para la entrevista. La oficina del rector está en el segundo piso del Edificio Central y cuando iba a empezar a subir las escaleras, una de sus secretarías me dijo: “El señor rector ya la está esperando en la sala donde se reúne la Junta de Gobierno de la Universidad que está a la entrada, en la planta baja, para que Ud. no tenga que subir”. ¡Qué caballerosidad de hombre!, pensé, ya que él también tenía alguna dificultad motriz y pensó en cómo facilitarme la vida a mí.

Mi experiencia como mujer en la universidad

Por último, voy a compartir mi experiencia como una mujer que no sólo se desarrolló como profesionista, sino que en esta institución me encontré con grandes apoyos también para formar una familia. Yo no siempre fui profesora de tiempo completo, fui ganando más horas en la medida que mis hijos crecían. Cuando llegué a trabajar en la UAA, ya estaba casada y no tenía hijos. Después de unos años, me embaracé y llevé mis dos embarazos sin ninguna dificultad, y sin ningún problema, si necesitaba un permiso para asistir a algún chequeo, lo tenía. Daba mis clases y hacía mis otras obligaciones sin problema. Durante mi primer embarazo, tuve que trasladarme a la Ciudad de México para entrevistarme en la Secretaría de Educación Pública con el doctor Olac Fuentes Molinar, en ese entonces sub-

secretario de Educación Básica y Normal, y presentarle el plan de estudios modificado para la preparatoria de la UAA.



Alumnas y maestras en los pasillos de ciudad universitaria, ca. 1980. Fototeca UAA.

Recuerdo que en los dos embarazos que tuve, descubrí que me gustaba morder los gises, de seguro me hacía falta calcio. Había de dos tipos de gises, unos que sabían muy rico y otros que sabían muy feo. Cuando estaba dando clases, a veces me entraba la necesidad inmediata de morderlo, así que me volteaba al pizarrón y lo mordía. Según yo, lo hacía muy despistadamente, pero algunos estudiantes lo notaron y les daba risa. El sillón más cómodo que tenía era el de mi oficina, esto fue casualidad. Yo pensaba dentro de mí, cuando ya estaba el embarazo muy adelantado: “ojalá tuviera uno así en mi casa”. Trabajé durante los nueve meses del embarazo, ya que a mí me programaron las cesáreas. Yo venía a trabajar a la UAA hasta el viernes y mis hijos nacieron en lunes.

Los días festivos que mis hijos no tenían escuela, en la universidad tampoco se laboraba, así que no había problema en ese sentido. Cuando llegaba el verano y las vacaciones eran más largas para ellos que para nosotras, se crearon los cursos de verano para los hijos de los maestros en ciudad universitaria. Nuestros hijos disfrutaban tanto este bello campus como nosotras, convivían con los

hijos de otros maestros y estábamos muy a la mano para cualquier cosa que se ofreciera. Era una ciudad universitaria muy segura.

El día 10 de mayo, que se festeja a las madres en este país, la UAA no acostumbraba darlo libre a las madres trabajadoras y maestras, entonces las mujeres que teníamos hijos y festivales en sus escuelas pedíamos el día y se nos otorgaba sin dificultad. Posteriormente, el Sindicato de Maestros creó la escuela Termápolis en un terreno que le dio la UAA en comodato para su instalación, y se ubicaba sólo pasando la Avenida de “Segundo Anillo”. Ahí los profesores tenían prioridad para obtener un lugar para sus hijos. Esta escuela era mixta y constaba desde kínder hasta secundaria.

Con todas estas experiencias que cuento aquí y que no fueron todas, ya que viví muchas más en esos treinta y cuatro años de trabajo, quizá sólo cuento por ahora las que tengo más frescas, pero puedo asegurarles que hay muchas más. Quiero resumir mis conclusiones con un pequeño cuento muy significativo y representativo para mí, que, sin lugar a dudas, muestra mi sentir, muestra el paso de “Queta” por esta benemérita universidad, y dice así:

Tres personas estaban picando cantera, en un lugar, haciendo su trabajo.

Llega una persona y le pregunta al primer canterero que estaba ahí,

—¿Por qué pica usted cantera?

El señor le contesta: —Pues porque me pagan por hacer este trabajo los sábados, con eso mantengo a mi familia y me sobra algo de dinero para tomarme unas cervezas con los amigos.

El señor se va con el segundo canterero y le hace la misma pregunta:

—¿Por qué pica usted cantera?

Este señor dice muy orgulloso: —Pues porque yo soy muy bueno haciendo lo que hago, soy muy hábil haciéndolo; fíjese usted qué bonitas curvas y diseños sé hacer; además, me pagan los sábados por hacerlo.

El mismo señor llega con el último canterero y le pregunta lo mismo:

—¿Por qué pica usted cantera?

Este señor voltea hacia arriba y sencillamente le dice: —Porque estoy haciendo una CATEDRAL.

Ésta es mi sensación en mis años en la UAA, puedo decir que esta universidad es mi catedral. Cada cosa que hice en estos treinta y cuatro años, cada día que me levanté para venir a trabajar –por cierto, algunos días más difíciles que otros, sobre todo cuando hacía frío y llovía–, lo hice para crear esto: una benemérita universidad, junto con tantas otras personas. No vine solamente porque recibía un sueldo o porque tenía habilidades o conocimientos, tampoco vine porque se crecía junto con ella, sino porque se tenía y se tiene un sueño compartido: CREAR UNA UNIVERSIDAD como ésta.

Al principio sólo eran proyectos, papeles, ideas, dibujos, esquemas, intentos, preguntas, y hoy en día volteo y veo esta maravilla. Se me vienen los recuerdos de las carreras en las que participé, los planes de estudio en los que colaboré, pienso en la formación de profesores, en las investigaciones, en los libros, en la extensión, en el sindicato, en las conferencias, en los congresos, en las personas con las que soñamos y trabajamos en conjunto, y no puedo más que impresionarme en lo que se ha convertido. Yo sabía que como mujer podía hacer mucho, pero no imaginé cuánto. Suspiro y volteo alrededor y digo:

Aquí hay parte mí, de mi esencia, yo ayudé a construir esta universidad.

